

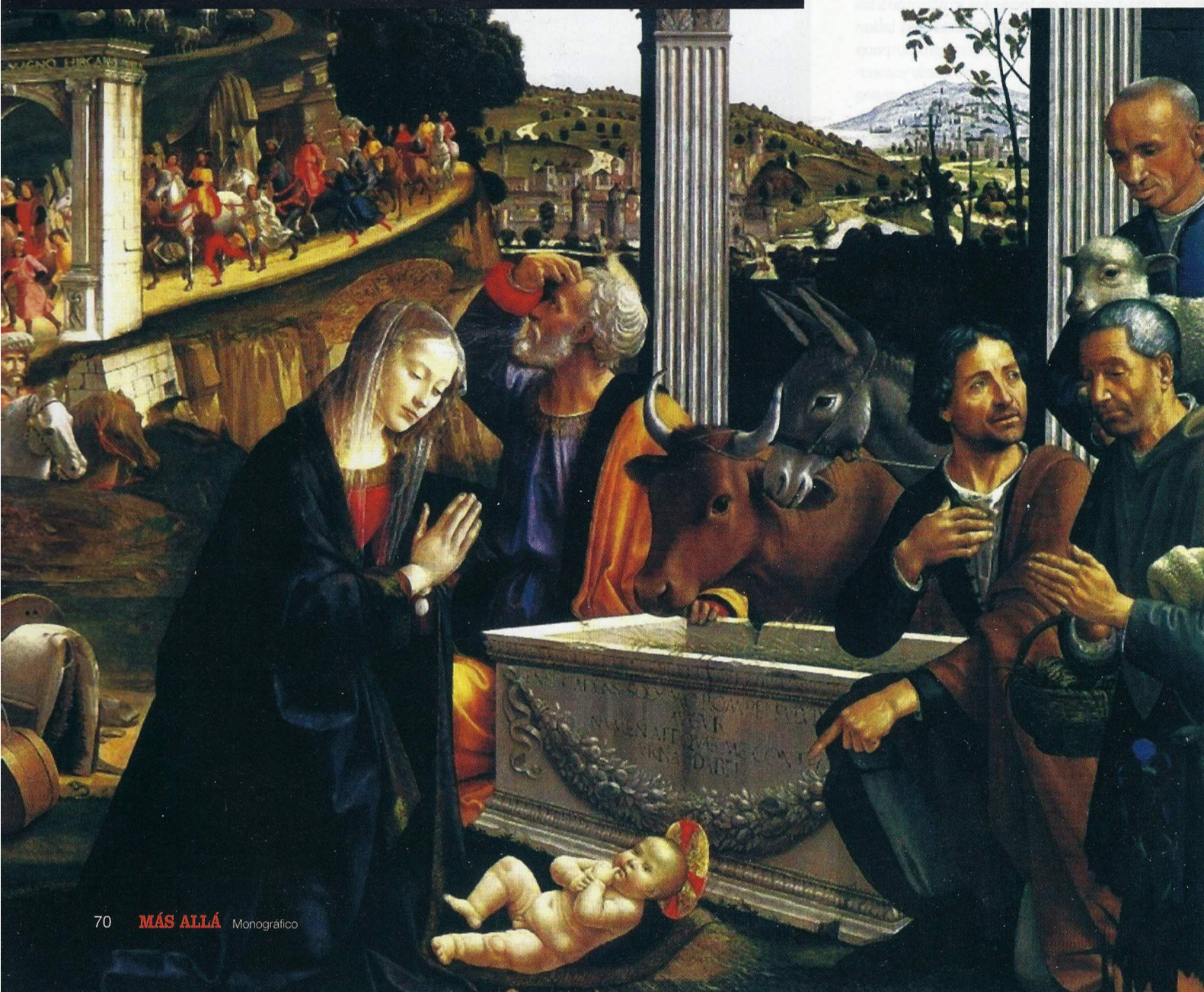
Buey y asno: creación y destrucción

Seguramente si nos dicen que pensemos en una mula y un buey muchos de nosotros evocaremos las imágenes de los belenes. Sin embargo, ninguno de estos animales está presente en las descripciones sobre el nacimiento de Jesús que aparecen en los Evangelios. ¿Qué hacen allí entonces? ¿Quién los puso? ¿Cuál es su auténtico significado?

por **Javier Arries**

Ni el buey ni el asno, pues la mula es una innovación tardía que arraigó en España, aparecen mencionados en los pasajes de los Evangelios canónicos. ¿Qué hacen en el belén entonces? A menudo se piensa que ambos hacen su aparición con la primera representación conocida de la Navidad, allá en 1223, a instancias de San **Francisco de Asís**. Pero se mencionan mucho antes. El apócrifo conocido como *Pseudo Mateo* se hace eco de esta creencia: "El tercer día después del nacimiento del Señor **María** salió de la gruta y entró en un establo, y depositó al niño en el pesebre, y el buey y el asno lo adoraron. Entonces se cumplió lo que había anunciado el profeta **Isaías**: 'El buey ha conocido a su dueño y el asno el pesebre de su señor' (...). Entonces se cumplió lo que se dijo por boca del profeta **Habacuc**: 'Te manifestarás entre dos animales'".

Sin embargo, su presencia en la tradición cristiana es aún más antigua. Así lo atestiguan bajorrelieves y grabados en sarcófagos como el hallado en las catacumbas de San Sebastián (Roma). ¿Cómo y quién los introdujo en la escena de la Natividad? ¿Por qué precisamente un asno y un buey y no otros animales? Desde el punto de vista cristiano, su presencia se contempla como una confirmación de las profecías de **Isaías** en el Antiguo Testamento: "Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo. Israel no conoce, mi pueblo no discierne".



En realidad, una traducción más literal del texto hebreo cita a un toro en lugar de un buey. Sea como fuere, el profeta podría estar aludiendo a la llegada del Mesías. Buey y asno representarían, desde esta perspectiva, a la nueva Iglesia constituida por judíos y gentiles que han reconocido al Niño como a su dueño frente a aquellos que no han sabido darse cuenta de su llegada.

LA FUERZA DEL ASTADO

A menudo los roles simbólicos del toro y del buey se confunden y con frecuencia son intercambiables. Su corpulencia y su fuerza los convierte en símbolos solares de luz y poder vital, como es el caso del toro-buey **Apis** adorado en Egipto. Y, sin embargo, participa a la vez también de un simbolismo lunar; atmosférico y acuático. Los cuernos del bovino son los de la Luna y se lo asocia al rayo, a la rugiente tormenta y a la lluvia que fertiliza la Tierra. El viento es la respiración del bóvido celeste, y precisamente es su cálido y vivificador aliento el que quita el frío al Niño en la cuna de Belén. En algunos mitos se lo ve sosteniendo el Mundo sobre su fuerte lomo.

De hecho, simboliza la criatura primordial a partir de la cual se crea, sacrificándola, el Universo y todos los seres. No otra cosa es el toro muerto por el dios solar **Mitra**, figura salvadora cuyas características tanto recuerdan a las del propio **Cristo**. De la sangre

del toro primordial nace la vid, palabra fonéticamente próxima a vida, cuyo jugo fermentado, el vino, es precisamente el paradigma de la vida y cuyo papel es primordial en la Eucaristía cristiana.

Y es que toros, bueyes y búfalos son en otras latitudes los animales del sacrificio por excelencia. Su sangre tiene propiedades salvíficas, redentoras; su sacrificio revive el sacrificio original por el que la Creación fue hecha, mantenida y salvada de la muerte y de las fuerzas caóticas que tienden a disgregarla. Así, tras su sacrificio y con las piezas del gigante mítico **Ymir** entre los nórdicos o con las del gigante **Purusha** en la tradición hindú, nace el Universo. El sacrificio de bueyes y toros evoca y recrea este hecho primordial.

No es de extrañar entonces que el toro y el buey hayan sido tomados como símbolos del propio Cristo por muchos exégetas cristianos y teólogos, como San **Bruno de Asti**, San **Yves de Chartres** o **Rabano Mauro**, señalando su papel de víctimas redentoras que con su sacrificio de sangre vivifican y purifican. Su poderosa cornamenta, capaz de defender la manada, también los convirtió en alegoría del Mesías que defiende su rebaño. Así, **Tertuliano** escribía en el siglo II: “Este toro misterioso es **Jesucristo**, juez terrible para unos, redentor lleno de mansedumbre para otros”.

El buey, en cuanto que domesticado, es el ego, la mente al servicio del verdadero Yo. Por su castidad, su

laboriosidad y su capacidad de abrir surcos que recibían la semilla divina representa no solo a Cristo, sino al sacerdocio. De ahí que los doce bueyes del mar de bronce que **Salomón** hizo construir en el Templo de Jerusalén fueran pronto identificados con los apóstoles y su ministerio.

EL ASNO Y LAS FUERZAS OSCURAS

Al contrario que el buey-toro, el asno ha ganado muy mala fama desde el punto de vista simbólico. Representación de pereza y terquedad, de obstinación, alude por un lado a la ignorancia del profano frente al iniciado. Este es el significado claro de la fábula narrada en *El asno de oro*, la novela del escritor norteafricano y ciudadano romano **Apuleyo** (**MÁS ALLÁ**, 184), cuyo protagonista, **Lucio**, transformado en asno, no sale de su condición hasta que **Isis** intercede por él y se convierte en un iniciado de sus misterios, abandonando así los placeres mediocres y sujetos a la fortuna en pos del verdadero conocimiento. Se le asocia con las fuerzas oscuras y caóticas del Universo y en la India es la montura de divinidades funestas y asociadas a la muerte. En Egipto, el asno, especialmente el de pelo rojo, se asociaba a **Set**, el asesino de **Osiris**. Ser “malvado como un asno rojo” es una expresión que aún perdura en algunos países europeos. Algunos autores lo relacionan incluso con la bestia escarlata del *Apocalipsis*.

No obstante, hay un aspecto positivo en nuestro sufrido borrico. De entre los doce fundadores de las tribus de Israel, **Isacar**, cuya tribu se asocia tradicionalmente al signo astrológico del toro, es comparado con el asno: “*Isacar es un borrico corpulento echado entre las aguaderas. Aunque ve que el reposo es bueno y que el suelo es agradable, ofrece su lomo a la carga y termina sometiendo al trabajo.*” Se dice de él que, si bien gusta de reposar, su capacidad para el trabajo es grande. Así, cuando sirve de montura a divinidades, sabios o personajes benévolos el burro es símbolo de los instintos sublimados, reconducidos y bien dirigidos por el Yo superior; como el buey lo era de la mente apaciguada. En el Mediterráneo el asno transporta la cuna en la que va el joven **Dionisos**, dios del vino, símbolo de la sangre y de la vida. Vemos así al asno estar presente curiosamente en los nacimientos de Cristo y de Dionisos, en los que se ha querido ver múltiples paralelismos, fruto probablemente no de la copia, sino de la universalidad del simbolismo.

El burro está presente en varias escenas de la vida de **Jesús**: en su nacimiento, en la huida hacia Egipto y como montura con la que entra triunfalmente en Jerusalén. En este último caso representa, de nuevo, el triunfo del Espíritu sobre los instintos. En este sentido, el burro ha sido llamado *crístóforo*, portador de Cristo, como San **Cristóbal**, que a veces no era representado con cabeza de perro sino de asno.

Buey y asno parecen responder a un simbolismo complementario. El Niño divino entre los dos animales ha sido comparado con la puerta del Paraíso flanqueada por los dos querubines; con el Cristo crucificado flanqueada por el buen y el mal ladrón; con la columna de la Severidad y la de la Misericordia, a un lado y otro del Pilar del Medio en el Árbol de la Vida cabalístico. Definitivamente, los animales del portal no parecen estar allí casualmente, sino que dotan al conjunto de una riqueza de significados de los que aquí solo hemos entrevisto alguno. Quizá los veamos ahora con otros ojos cuando los situemos sobre el pesebre. ■

DIOSES CON CABEZA DE ASNO

En los primeros siglos del cristianismo corrieron rumores fantásticos que achacaban prácticas extrañas y monstruosas a judíos, gnósticos y cristianos, incluidos rituales caníbales, probablemente a causa de una interpretación equívoca de la comunión eucarística. Muchos llegaron a creer también que los cristianos adoraban a un dios con cabeza de asno.

En el siglo I el gramático **Apión de Alejandría** afirmaba erróneamente que al entrar en el Templo de Jerusalén el rey de Asiria **Antíoco Epifanio** había visto una cabeza de este animal forjada en oro en el lugar principal del templo. En el siglo II **Tertuliano** se quejaba de esta creencia popular: “Corre un nuevo rumor sobre nuestro Dios. Hace pocos días que en esta ciudad [Cartago] uno de los hombres más perversos, desertor de su religión (...), ha paseado contra nosotros una imagen con esta inscripción: ‘raza de asno’. El monstruo estaba vestido con toga,

llevaba en las manos un libro y tenía orejas de asno”. En el siglo III todavía era esta una creencia extendida, como lo demuestra un grafiti realizado con un punzón en una pared del Palatino romano, el Crucifijo de **Alexamenos** (en la foto), que representa a un asno crucificado al que un hombre

lanza un beso de adoración. Debajo puede leerse la inscripción “**Alexamenos adora a su dios**”. Se trata evidentemente de un grabado satírico contra el creyente. El rumor deriva probablemente de la confusión entre cristianos y gnósticos ofitas, que a veces representaban a la divinidad con cabeza de asno.

